

DISCURSO
PRONUNCIADO EN LA SOLEMNE DISTRIBUCION DE PREMIOS

DE LA

UNIVERSIDAD DE QUITO,

POR

CARLOS MANUEL LEON,

ESTUDIANTE DE LAS FACULTADES DE JURISPRUDENCIA Y DE FILO-
SOFÍA Y LITERATURA.

QUITO.

Fundición de tipos de Manuel Rivadeneira.

1885,

DISCURSO

PRONUNCIADO EN LA SOLEMNE DISTRIBUCION DE PREMIOS

DE LA

UNIVERSIDAD DE QUITO.

EXCMO. SEÑOR:

SEÑORES PROFESORES:

Señores:

SI EN estos momentos solemnísimos, he de presentar á vuestra ilustrada consideración algunas observaciones elementales, que puedan referirse tanto á las ciencias físicas y á la Medicina, como á la Jurisprudencia y á la Filosofía, y si he de escoger algo de utilidad manifiesta en las actuales circunstancias, debo exa-

minar la constante y universal tendencia de los errores modernos, en el vasto desenvolvimiento de los diversos ramos del saber humano. Fácil es la tarea, porque es fácil contemplar lo mas culminante y visible del siglo en que vivimos. ¿Quién no vé el materialismo de las ciencias físicas, el indiferentismo de las morales y religiosas y el socialismo de las políticas, que día á día van tomando poderoso incremento? ¿Y quién no comprende que estos errores constituyen la tendencia universal y constante de los absurdos modernos?

QUE LOS errores han obedecido constantemente á ciertas tendencias determinadas, es cosa que nos dice la historia con el claro lenguaje de los hechos. En la lucha tenaz de las doctrinas científicas, nos dice la historia, mientras la verdad se mantiene en virtud de la necesidad de su existencia, los errores siguen el impulso de ciertas tendencias que tratan de unirlos y de encaminarlos, como formados en batalla, en contra de alguna de las importantísimas verdades que forman el tesoro de la verdadera ciencia. Y es cosa digna de notarse, añade, que cuando se encuentra en los anales del pensamiento una época de confusión y laberinto, la tendencia que aparece en seguida es más grande, más general y más poderosa.

DESPÚES que pasó la materialista de las escuelas Pitagórica, Jónica y Eleática con

el pomposo cortejo de las teorías del *infinito material* de Anaximandro, de los sistemas atomísticos de Demócrito, de las concepciones de Heráclito, de las afirmaciones atrevidas de Diógenes de Apolonia, se desarrolló la tendencia de la moral del famoso Epicuro, que favorecida por las ideas aventuradas de Polieno, por las cartas de Hermaco, por las enseñanzas de Polistrato, por las máximas de Apolodoro y Dionicio, pasó al imperio de los Romanos á santificar los crímenes y los vicios que arrastraron á la Señora del mundo, desde las torres del Capitolio hasta los patios de Luculiano.

Y DESPUÉS de ese caos científico denominado por algunos *filosofía del Renacimiento* y por otros *filosofía de transición*, y que en realidad no fué otra cosa que un hacinamiento de doctrinas contrarias, de principios opuestos, de sistemas incompatibles, de idealismo y materialismo, de nominalismo y realismo, se empezó á sentir una nueva terrible tendencia de los errores que, bajo las banderas de los escépticos y racionalistas, invadían el campo de las investigaciones filosóficas, religiosas y políticas. Entonces el lucitano Sánchez pretendía destruir todas las verdades conocidas, el inglés Glanvil deseaba demostrar la imposibilidad de toda filosofía, y el francés Bayle, el primer dialéctico del mundo, según el apasionado Voltaire, aglomeraba tinieblas sobre tinieblas para demostrar

la impotencia absoluta de la razón humana. Entonces el gran Descartes, el padre de la filosofía moderna, resucitaba las viejas ideas racionalistas de Roscelín y Abelardo, y Malebranche desenvolvía los conceptos de Descartes, y Spinoza explicaba el racionalismo naturalista, y Puffendorf aplicaba á la Moral y al Derecho las doctrinas de la escuela cartesiana, y una muchedumbre de publicistas, moralistas, naturalistas y filósofos se agitaban convulsivamente en derredor de estos celebérrimos personajes.

Y DESPUÉS un nuevo período de confusión se presenta en la historia de la ciencia: el fatalismo con La Mettre á la cabeza, el sensualismo con Voltaire, el socialismo con Rousseau, el materialismo con Cabanis, la doctrina de la moral independiente con Kant, el panteísmo con Fichte, el ateísmo con el baron de Holbach, y el error, la preocupación y el desórden con todos estos orgullosos innovadores, constituyeron la ciencia del orgulloso siglo XVIII.

MAS á pesar de tanta confusión, se puede descubrir en la ciencia de este siglo, de este siglo de ensayos, como dice un notable publicista español, (*) los categóricos principios del racionalismo mas exagerado. Cansados de la inmutabilidad de la ciencia, quisieron los grandes pensadores del siglo pasado, levantar un nuevo

(*) Martínez de la Rosa.—“Espíritu del Siglo.”

gigantesco edificio, valiéndose únicamente de las fuerzas naturales de la razón limitada. Quisieron nueva filosofía, y reuniendo las teorías de los antiguos y formulando otras nuevas, proclamaron la *filosofía de la razón pura*; quisieron nueva moral, y desoyendo los latidos del corazón y despreciando las necesidades de la naturaleza, establecieron la doctrina de la *moral independiente*; quisieron nueva religión, y conociendo la impotencia del entendimiento en terreno tan elevado, admitieron el ateísmo absoluto; quisieron nueva política, y prepararon, impulsaron y terminaron la revolución francesa, de funestas y pavorosas consecuencias. Torrente caudaloso, la ciencia racionalista impulsada por la razón envanecida y calenturienta, no respetó ni valla ni sendero: quiso ser original y fué extravagante, quiso ser libre y fué servil, quiso ser lógica y fué laberinto; era necesario avanzar, y avanzar sin brújula ni vela, buscando luz entre tinieblas pavorosas y vida entre los escombros de más de cincuenta siglos.

DESPUÉS viene el siglo XIX. Y el siglo XIX. es el siglo de las consecuencias del racionalismo del pasado. Este último regó las semillas y el nuestro ha recogido los frutos del árbol secular. Por eso la tendencia de sus errores puede reducirse al materialismo de las ciencias físicas, al indiferentismo de las morales y religiosas y al socialismo de las políticas.

I.

GRANDE y magnífico es el espectáculo que presentan las ciencias naturales del siglo XIX. La razón humana ha escudriñado la naturaleza de la luz y del sonido, ha visto en la electricidad un manantial inagotable de curiosas y muy útiles invenciones, ha estudiado la estructura y desarrollo de las plantas y de los animales, ha penetrado en las entrañas de la tierra y ha descubierto la existencia de los fósiles, ha observado el organismo del hombre, ha levantado su vuelo á las regiones de las nubes para sorprender la marcha majestuosa de nuevos astros y planetas.

PERO la razón, orgullosa con tan soberbios tesoros, ha también querido penetrar en las esencias constitutivas de los seres y averiguar la causa de los fenómenos y las complicadas relaciones de las naturalezas. Como esas aves que, enamoradas de los variados resplandores de las nubes, emprenden rápido y vertiginoso vuelo, para caer después desvanecidas y

ciegas en el corazón de selva desconocida, la razón, temeraria y orgullosa, con sus coronas y sus palmas, quiso levantarse hasta las regiones infinitas, y presa de vértigo mortal, cayó en las tenebrosas profundidades del materialismo. Del materialismo, señores, de esa proscripción completa de todo lo grande, de todo lo noble, de todo lo santo y sublime; de ese grito desesperado de la razón impotente y descreída; de esa blasfemia muda engendradora de todas las blasfemias. Por eso, mientras el espíritu se encanta con el pausado vuelo de los globos aerostáticos y con las sorprendentes invenciones de fonógrafos y telégrafos, se horroriza, con mil cavilaciones absurdas que apenas tienen el mérito de la oscuridad y la extravagancia.

QUÉ NO? Escuchádme, señores. El espíritu y la materia componen la cadena maravillosa de todo lo existente. El primero tiene su plenitud en el Sér infinito, reside en el angel y contribuye á la formación de la especie del hombre, y la segunda contribuye á la formación de la misma especie, reside en el bruto y tiene su plenitud en la naturaleza corpórea. En el hombre se verifica, pues, la unión de la materia y el espíritu, en esa cadena sorprendente. De aquí que sus ideas tengan su primer origen en el conocimiento sensitivo de las cosas materiales, y su perfección adecuada en el entendimiento espiritual; de aquí

que sus aspiraciones y deseos empiecen en la naturaleza sensible y se remónten á las regiones infinitas de lo supra sensible; de aquí que mediante la fuerza omnipotente del Gobernador Universal camine desde las tinieblas de la nada hasta los horizontes purísimos de la eternidad.

Y ESTAS altas y eternas verdades son el fundamento racional de todos los conocimientos; y enseñadas por el sentido común, confirmados por las investigaciones filosóficas, robustecidas por la experiencia, acatadas por el consentimiento de los sabios, han podido siempre resistir á los rudos y continuos ataques del escepticismo.

PERO, en dónde está el espíritu?..... Los innovadores racionalistas le han buscado en el espacio de las nubes, en las profundidades del Océano, en las entrañas de la tierra, en la causa del movimiento universal, en el organismo de los brutos, en las células nerviosas del cerebro humano, y ni sus ojos le han visto, ni sus manos le han tocado. Pero qué es el espíritu?.... Los innovadores racionalistas no han podido concebir una naturaleza sin partes componentes, ni explicar la unión, enlace y subordinación de la materia al espíritu. Pero, para qué sirve el espíritu?..... Los innovadores racionalistas saben explicarlo todo con la materia, el origen del mundo, el orden y armonía del universo,

el desarrollo progresivo de las especies animadas, la esencia del hombre, las operaciones del entendimiento, las inclinaciones de la voluntad, todo, absolutamente todo.

EL ESPÍRITU, pues, no existe. Sí, no existe. Ya Littré ha dicho que el espíritu es una propiedad de la materia y fuerza organizada; ya Robinet ha dicho que para la ciencia no hay otra cosa que materia y propiedades de la materia; ya George ha dicho que aún la humanidad misma es un género que salió del mundo animado, á consecuencia del nacimiento y desarrollo de su ser particular.

PERO, qué se dirá entónces de la esencia del Sér infinito? Se dirá con Renan que Dios es sencillamente la categoría de la idea; se dirá con Taine que es la ley fatal que preside el desenvolvimiento de los seres cósmicos; se dirá con Vicherot que no pudiendo existir una naturaleza real y perfecta al mismo tiempo, en virtud de la contradicción que existe entre la realidad y la perfección, no hay más Dios que el *Cosmos*, es decir, que el mundo independiente y necesario, se dirá con Büchner que siendo vana y quimérica la noción de un Sér espiritual, y más vana y quimérica todavía la idea de Dios como ser absoluto y perfecto, como realidad trascendental y como causa primera, ésta idea de Dios no tiene más fundamento

que el miedo pueril y la ignorancia de las causas de los fenómenos naturales.

PERO, cómo se explicará entonces el origen del universo? Ah! el universo no tiene origen: es necesario y eterno. Después de mil observaciones profundas, de mil estudios prolijos, de mil abstracciones metafísicas, la nueva ciencia de los orgullosos y grandes pensadores del siglo XIX ha proclamado, como cosa de nuestros días, el error de los filósofos de antaño, de aquellos investigadores infelices que sin museos ni laboratorios, sin agujas magnéticas ni corrientes eléctricas, sin telescopios ni microscopios, andaban perdidos en el vastísimo campo de las observaciones de la naturaleza corpórea. El mundo es eterno, ha dicho Hæckel evocando la existencia del reino de los protistas, intermedio entre el vegetal y el zoológico y de la *mónera primordial*, pequeña masa de materia albuminosa y resultado espontáneo de ciertas combinaciones químicas, que lleva en su gérmen el núcleo productor en virtud de la selección, de todos los reinos naturales; y el mundo es eterno han repetido las escuelas geológicas materialistas, despreciando las sencillas y sublimes enseñanzas de los Libros Sagrados, los principios trascendentales de la más profunda filosofía y las concienzudas observaciones de los naturalistas imparciales. Sí, el

mundo es eterno; y la razón humana no queriendo reconocer la existencia de un Sér simplicísimo, espiritual, infinito; ha proclamado la existencia de un Dios material, imperfecto y destituido de razón y de consejo: ha sustituido lo grande con lo absurdo.

Y EL hombre es igualmente un organismo material que se mueve y se desarrolla, que siente y recuerda, que piensa y quiere. Su naturaleza consiste en una combinación creadora de carbono, oxígeno, hidrógeno y nitrógeno, todos sus actos intelectuales se verifican en virtud de un movimiento determinado de la masa cerebral y su inmortalidad es una quimera ridícula de la fantasía. Comte, el celeberrimo Comte, nos ha enseñado que el hombre y el bruto no se distinguen sino accidentalmente y por grados, y Stuart-Mill, que en la distinción y sucesión del estado físico de los nervios debe buscarse el origen y razón suficiente de los actos de la inteligencia y de la voluntad; y siguiendo las enseñanzas de Comte y Stuart-Mill, la fisiología moderna ha tejido un sistema enmarañado de gratuitas afirmaciones, que si prueba el poder de la fantasía, pone en claro la pequeñez y temeridad de la intelección humana. Qué significa esta afirmación de Vogt: Entre la inteligencia y el cerebro hay la misma relación que entre la bilis y el hígado, ó

entre la orina y los riñones? Qué la de Moleschott, cuando dice que el fósforo produce pensamientos?

MÁS A pesar de estos aventurados principios de los corifeos de la materia, preparados por las afirmaciones de la escuela vitalista y exagerados por los partidarios de la teoría mecánica, el origen del hombre era un poderosísimo argumento en contra de las tendencias materialistas de nuestros innovadores. Pero la dificultad se resuelve de una manera verdaderamente asombrosa. Lamarck, á principios de este siglo y en su *Filosofía Zoológica*, trató de explicar el origen y generación de las especies animales por medio de no se qué transformismos y mediante no se qué adopciones, hábitos y herencias; Curus desarrolló su sistema de la morfología animal, y Darwin, por último, nos ha dado la noticia halagadora, de que el hombre desciende del mono en línea recta, según lo tiene perfectamente averiguado con el estudio de la selección natural y espontánea. El hombre desciende del mono antropoide, el mono antropoide de otro animal menos perfecto, éste de un molusco, el molusco de la materia inanimada, y la materia inanimada no ha recibido de nadie la existencia. Veis como la ciencia moderna salva las mas grandes dificultades? Si mañana se le ocurre probar que dos y tres son cuarenta, á fuerza de selecciones y transformismos conseguirá su objeto como si tal cosa.

AQUÍ SE preguntará cómo la ciencia moderna ha venido á parar á tan ridículas y absurdas afirmaciones. Nosotros contestamos sin vacilar, que el racionalismo absoluto es la fuente de estos errores? “El materialismo positivista de nuestros días, dice un filósofo notable, (*) es una face y una manifestación parcial del racionalismo.” En efecto, el racionalismo y el materialismo están estrechamente unidos por medio del panteísmo moderno, expresado según la mente de la escuela hegeliana. Las concepciones de esta escuela sobre el origen, desarrollo y constitución del mundo, tienen íntima afinidad, ó más bien dicho identidad, con las afirmaciones materialistas que hemos brevemente apuntado: la Fuerza de Büchner tiene mucha semejanza con la idea de Hegel, que se trasforma primero en materia, luego en inteligencia y después en ideas y pensamientos. Cosa extraña! dos errores que parecen diametralmente opuestos, en estrecho maridaje, son los restauradores de la doctrina singular expuesta en el libro *De natura rerum* del romano Lucrecio.

(*) Zeferino Gonzalez.

II.

PERO dejemos las ciencias físicas y contemplemos el cuadro de las ciencias morales y religiosas en general.

VAMOS á ver al hombre, agitado y delirante Prometeo, aglomerando las ideas de su pensamiento, consultando los secretos de su naturaleza, agotando los recursos de la ciencia, para formar un código de Moral y Religión que rija sus acciones y explique la relación de sus actos con un fin último y perfecto. Si en la Moral del cristianismo todo es sencillo y natural, todo encadenado y subordinado, ésta moral que vamos á recorrer brevemente, es oscura, enigmática y contradictoria, producto de inteligencias preocupadas. Y teniendo delante de mis ojos este laberinto abrumador, no sé ni cómo empezar, Señores; y tengo la tentación de apartar la mirada de esta noche pavorosa, diciéndoos simplemente que una moral tan difícil en su explicación y tan contradictoriamente va-

riada, no puede ser verdadera. Porque la moral en sus primeros principios, ha de ser clara como la luz del día, inmutable como la luz del cielo. Porque la moral ha de ser una como la conciencia del individuo, universal como la presencia divina. Porque la moral ha de ser nobilísima como las múltiples relaciones de la criatura inteligente, sublime como las eternas relaciones de las esencias de las cosas, preconcebidas por la mente del Hacedor Supremo.

PRESCINDIENDO de aquellos filósofos para los cuales es inmoral la noción del derecho, el libre albedrío una ilusión de la fantasía, y la responsabilidad humana un absurdo de marca; prescindiendo de estas lógicas consecuencias de las teorías materialistas, mucho tenemos que presentar á vuestra consideración para confirmar que el indiferentismo es, en las ciencias morales y religiosas, la tendencia de nuestro siglo.

EN PRIMER lugar recordad la doctrina de los utilitaristas “Todo placer es un bien y debe ser buscado, todo dolor es un mal y debe ser rechazado,” ha dicho Bentham en su tristemente famosa Doontología, y Hobbes, desde las cumbres de la montaña de su ciencia sangrienta, nos ha enseñado las tablas de una nueva ley desconocida, y ha pronunciado con voz grave y austera el olocuente *quidquid libet licet* de

la escuela utilitarista. Esta se ha dividido en dos sectas: la una sostiene que el fundamento originario de la moralidad, es el placer y la otra que la utilidad de las acciones es el único criterio que tenemos para calificarlas de buenas ó de malas. La primera proclama la sensación, la segunda el cálculo y el resultado; la primera es egoísta como el sentido, la segunda es egoísta como el criterio individual; la primera sujeta la moralidad al capricho de pasiones groseras, la segunda á las vicisitudes de la razón extraviada y á las consecuencias variables de variables principios. Y la primera y la segunda prescinden de la íntima naturaleza de las acciones, de las relaciones necesarias de las criaturas racionales, del orden y armonía de todo lo existente, es decir, prescinden de la moralidad como esencia constitutiva, como relación universal, como ley inmutable. Virtud y placer son una misma cosa y una misma utilidad y justicia; y virtud, placer, utilidad y justicia, entidades relativas que nacen al impulso de nuestros deseos y cavilaciones. Qué moral la de los utilitaristas!

VIENE en seguida la doctrina que pone la moralidad en las opiniones de los pueblos, en las variables, caprichosas, apasionadas opiniones de los pueblos. Esta moral es la moral de la moda. No reconoce sino la voz de los levantamientos populares, de las pasiones inmo-

deradas, de las variables preocupaciones, de la indiferencia culpable. Esta moral aplaude el robo y el infanticidio con los espartanos, la sensualidad con los romanos, la venganza con los francos, el suicidio con los griegos, la esclavitud con todos los nombrados. Toda opinión supone un juicio, y todo juicio la comparación de dos ideas anteriores al mismo: la moralidad debe consistir, pues, en estas ideas fundamentales, eternas, inmutables, y no en los juicios y en las opiniones.

LO MISMO podemos decir de la escuela que vé el fundamento de la moralidad en las prescripciones de las leyes civiles. Estas leyes léjos de ser tal fundamento, deben sujetarse á los permanentes principios de la justicia; reconocen leyes superiores y arrancan su bondad ó su malicia de conformidades ó discrepancias. Esto dice el sentido común tan lastimosamente olvidado por los apóstoles de la moralidad racionalista; esto las enseñanzas de la historia que á cada paso califica de buenas ó de malas las leyes de los pueblos; esto la filosofía que, como ya hemos dicho, nos presenta la moral como inmutable, eterna y necesaria. Ahora, cuando tampoco se respetan las leyes de los hombres, qué suerte cabría á la moral como norma de las acciones y juez inexorable y sapientísimo de las intenciones?

LA DOCTRINA racionalista de la moral independiente de los discípulos de las escuelas Kantiana y Hegeliana ha también adquirido poderoso incremento entre los moralistas de nuestros días. Esta doctrina, como el protestantismo religioso, como el socialismo político, es un sistema vago, indeterminado y confuso que, después de grandes negaciones, proclama el poder absoluto de la razón y la estimula á la creación de nuevos sistemas y doctrinas. En auxilio de ésta doctrina de la moral independiente viene la extravagante de Buch y Vette y Marcheinke, afirmando que la moral del cristianismo, es decir, la moral de la conciencia y del cielo, del Calvario y de la visión beatífica, es una sola y misma cosa con la moral de la razón natural guiada por sus naturales inclinaciones.

A FIN de combatir victoriosamente estas gratuitas afirmaciones, y con el objeto de concluir esta parte de mi discurso con uno de esos principios generalísimos, fecundos, admirables que abarcan una série maravillosa de verdades, trataré de manifestar ligeramente, que fuera de la religión de Jesucristo es imposible concebir un sistema de moral perfecta.

ANTE todo, Señores, venga la historia á manifestarnos los sistemas morales inventados por el hombre antes del aparecimiento de la

Iglesia ó fuera de su seno. Fijemos primeramente nuestra atención en la cuna de la civilización antigua. Solón, el legislador de los griegos, aplaude y pondera el suicidio, y Platón, el discípulo *divino* de Sócrates, combate la propiedad, ensalza la esclavitud, aplaude el infanticidio y la comunidad de las mujeres; los sábios de la Academia anuncian sucesivamente máximas morales que ponen en claro la carencia de ideas adecuadas de virtud y vicio, de libertad y despotismo, de dignidad y esclavitud, y los discípulos de Epicuro señalan el placer sensible como único y supremo bien de la criatura racional.

LA POPULOSA Roma, constantemente agitada por guerras crueles, sin ideas luminosas, sin creencias sólidas, sin religión, recibiendo con sus victorias nuevas divinidades extranjeras; Roma, nave sin velas ni remos, combatida por olas gigantescas, sacudida entre peñas seculares, apenas conservaba ligeras nociones de moral.

EN DÓNDE encontraremos, pues, el Código perfecto? Será necesario buscarlo en las fábulas de Ormuz y Harinman, en los sueños de Osiris y Tifón, ó en los delirios de los adoradores de Vichenú. Y cuán esplendida y maravillosa es, al mismo tiempo, la moral del Evangelio! Moral santa, moral consoladora, tiene el sello indeleble de la Divinidad. La fé, la esperanza, la cari-

dad, virtudes del corazón, virtudes del alma, son algo infinito que elevan la naturaleza humana y la trasportan á mundos desconocidos; destellos purísimos de un Dios-Hermano nuestro, secretos agradables de la naturaleza, son leyes eternas que admirablemente desarrolladas forman el Código de la moral de Cristo. Con cuánta razón, pues, el mismo Juan Jacobo Rousseau ha dicho que: “En moral, solo el Evangelio es siempre seguro, siempre verdadero, siempre único y siempre semejante á sí mismo. La inteligencia nos dice que conviene á los hombres observar sus preceptos, pero que no está á su alcance el conocerlos.” (*) En cuanto á la moral inventada después del establecimiento de la Iglesia, debemos confesar necesariamente que, de una manera misteriosa, ha experimentado el saludable influjo del Evangelio. Los grandes escritores incrédulos, los corifeos de las sectas disidentes, los enemigos más porfiados de la revelación y de la gracia, bien dejan conocer que á pesar de su ceguedad, no han dejado de admirar las grandes verdades que aborrecen, y que aún descarriados y bagabundos en el terreno de la ciencia, traspiran y respiran en la atmósfera brillante y vivificadora creada por el divino Fundador de la Iglesia en el Calvario. Pero cuando la moral de los modernos innovadores se ha separado de la fuente pu-

(*) J. J. Rousseau.—Lettres écrites de la Montagne.

rísima del Evangelio, ha sostenido, como ya hemos visto, doctrinas que no merecen este nombre: el utilitarismo, la moral de las opiniones de los pueblos, la de las leyes civiles, la moral independiente, la *filosófica* de Vitte, son absurdos y nada más que absurdos.

PERO ya es tiempo de que digamos la razón fundamental por la que el Cristianismo es el único depositario de la moral perfecta. No voy á recordaros que las obras de los hombres son esencialmente limitadas, ni que su previción se sujeta á épocas y lugares; sino que la moral debe abarcar las diversas relaciones del hombre y que, supuesta la divinidad del cristianismo, el hombre tiene ciertas relaciones sobrenaturales con su Creador y Redentor. En estos sólidos fundamentos se apoya la grandiosa doctrina de la moral teológica, tan luminosamente defendida por los teólogos y filósofos escolásticos. La capacidad de formar un código de moral perfecta, supone, pues, el conocimiento perfecto, no solo de las verdades naturales relacionadas con el fin natural del hombre, sino también de las verdades sobrenaturales subordinadas á su futura perfección, en el sentido que la fé lo enseña. No es posible conocer la conformidad de los *actos humanos* con los preceptos de la *ley eterna*, sin tener conocimiento de sus inmutables decretos, y es-

tos inmutables decretos no podemos alcanzarlos sino por medio de la *ley positiva divina*, una vez que la *ley natural* nada nos dice de los principios sobrenaturales que constituyen la base de la religión revelada. Si la moral ha de ser la norma segura de las acciones del hombre, como ser naturalmente individual, naturalmente doméstico, naturalmente sociable, naturalmente religioso, solo la Religión verdadera puede ser la depositaria de sus inmutables y generales prescripciones.

PERO dejemos estas elementales observaciones, y pasemos ó considerar el socialismo de las ciencias políticas.



III.

SI CONSIDERAMOS la marcha de los acontecimientos políticos contemporáneos, tendremos que reconocer necesariamente la existencia de cierta inquietud y desasociado, de cierto desorden y malestar profundo. Hay algo, Señores, que llama la atención del observador juicioso, algo que no está dentro de la esfera de lo natural, algo que manifiesta una enfermedad social de fatales consecuencias. El comunismo de Francia, el socialismo de Alemania, el radicalismo de Italia, el nihilismo de Rusia, la internacional de Inglaterra y Estados Unidos, y una sombra monstruosa de éstos crímenes políticos en las naciones de ámbos continentes, han venido, desde los primeros años del presente siglo, influyendo grandemente en la vida pública de las sociedades. Y las sociedades presentan el espectáculo de una guerra interrumpida entre el poder y la muchedumbre, entre lo antiguo y lo nuevo, entre el libertinaje y la ley, entre la verdad y la mentira. Los pueblos han

bautizado esta guerra multiforme con el pomposo dictado de *progreso*; y se presenta la confusión y el desorden, y surgen revoluciones sangrientas y estériles, y caen los representantes del poder, y de entre el polvo del combate se levantan tiranos sin conciencia, y se desorganizan los estados, y se pierden las legislaciones, y se proclaman los supuestos derechos de la fuerza, y del fondo de ese caos pavoroso se desprende una gritería que proclama la libertad, la igualdad, la fraternidad, la tolerancia, las garantías..... Y para hablar de nuestra patria, nacida á la vida soberana en el primer tercio del siglo XIX., qué significa, Señores, esta constante agitación en que hemos vivido siempre? Cuántas revoluciones, cuántos tiranos, cuántas luchas injustas y sangrientas! Yo mismo he visto, Señores, hundirse el machete del asesino en la cabeza del más grande y esclarecido de nuestros Gobernantes..... García Moreno! Por qué no he de decir algo de García Moreno? Por qué no he de traer á la memoria esa voluntad infatigable, ese brazo poderoso, esa mirada de águila, esa inteligencia creadora? Por qué no he de traer á la memoria ese gigante poderoso que con la vista clavada en el horizonte del porvenir, despreciaba las furiosas tempestades que lo combatían? García Moreno, grande como sus pensamientos, grande como su voluntad, grande como sus elevadas intenciones, lavó

sus faltas con la sangre del martirio y se presentó á las generaciones venideras como uno de esos seres privilegiados que llevan el porvenir en la cabeza y la patria en el corazón.

PERO decidme, Señores, por qué cuando en éste recinto se pronuncia el nombre de ese Grande, todas las fisonomías se animan, palpitan todos los corazones y se baten los palmas? Porque García Moreno es nuestro; nuestro porque los jóvenes sabemos olvidar los errores y las faltas, nuestro porque los jóvenes amamos la grandeza, nuestro porque deseamos, y hemos deseado siempre, el verdadero progreso moral y científico de la patria, nuestro porque no abrigamos en el pecho pasiones bastardas, intereses mezquinos. García Moreno es nuestro, compañeros.

PERO, perdonadme, Señores. He perdido la ilación de mis palabras: pronuncié un nombre que me entusiasma sobre manera. Yo mismo he visto, os decía, refiriéndome al mal-estar que siempre se ha sentido en nuestra patria, yo mismo he visto hundirse el machete del asesino en la cabeza del más grande y esclarecido de nuestros Gobernantes; yo he visto á un Dictador idiota paseándose desde las orillas del Guáyas hasta las orillas del Carchi con el látigo en la mano y seguido de turba numerosa; yo he visto un puñado de gente aso-

lando nuestras pequeñas poblaciones con la pretensión ridícula de constituir un partido político, y mientras la patria trataba de restañar las heridas de una guerra sangrienta; yo he visto, por fin, y es lo más notable, Señores, yo he visto gran número de gente que contemplaba con la faz risueña el asesinato del Magistrado esclarecido, para llorar después y á deshora su pérdida irreparable, gran número de gente, que so pretexto de no mezclarse en los acontecimientos de la política, desoía el llamamiento de la patria ultrajada por el Dictador idiota, gran número de gente que, ahora mismo, vocifera y murmura sin darse cuenta del peligro, contra todo lo que puede constituir la fuerza física y moral del orden y de la justicia, para llorar después las consecuencias de su falta de previsión.

ESTE malestar profundo de la política moderna debe tener una causa general y poderosa que debemos buscarla no en la sucesión ciega y fatal de los hechos, sino en las ideas predominantes robustecidas por los sentimientos y pasiones de la época en que vivimos. Bien conocida es la gran influencia que ejercen las ideas dominantes en la vida de los pueblos. Las teocráticas del Oriente establecieron en Egipto, en la Siria, en la Persia, en la China y en todos los tradicionales estados del Asia, la oligarquía inmutable, que al través de tantas vi-

cisitudes, se mantiene firme como el guardian de su civilización primitiva, al mismo tiempo que en las regiones occidentales la idea de la independencia dió vida propia á los pequeños estados de la Grecia antigua y á las bárbaras pero libres comarcas de la Europa de los romanos y de los francos; la celebérrima idea de la unidad política, bullendo en la cabeza de los Alejandro, de los Césares y de los Napoleones, ha producido grandes y populosos imperios; ideas de religión prepararon la época de las Cruzadas, de esa guerra formidable de la civilización de las letras y la civilización de las armas; Vasco de Gama, atravesando los mares africanos y Cristoval Colón las *nebulosas* que le guardaban un mundo desconocido, sentían en la cabeza la llamarada de una idea vivificadora; la idea típica de la grandeza de reyes poderosos, hizo desaparecer los estados feudales de la Edad-Media, como desaparecen las chispas de una hoguera.

LAS pasiones políticas que de tiempo en tiempo pesan sobre los pueblos, como esas nieblas densas y gigantescas sobre nuestros montes, contribuyen también poderosamente á dar dirección á los notables acontecimientos de la Historia. Esas vehementes y frenéticas exaltaciones de los sanguinarios caudillos de la revolución de Inglaterra, apoyadas por las ideas

fanáticas de los secuaces de Cromwell, produjeron en la nación inglesa cambio radical de política, de religión, de legislación y de costumbres; y esas incalificables pasiones de los revolucionarios franceses, encaminaron las ideas reformistas que, desde el reinado de Carlos VII. venían pululando, hácia el abismo insondable y maldito que llamaron *gran revolución*, y en cuyo borde escribieron, como por sarcasmo, la celebérrima declaración de los derechos del hombre.

SÍ, SEÑORES, si no admitimos, como no debemos admitir, las gratuitas teorías de Vico, Herder y Cousin sobre la filosofía de la historia, y si debemos confesar que todos los actos públicos y particulares del hombre tienen su *natural* fundamento en la voluntad impulsada por la inteligencia ó la pasión, tenemos que concluir necesariamente que las ideas y las pasiones tienen gran influjo en los acontecimientos que constituyen la vida social de los pueblos.

ESTO supuesto, busquemos la causa de ese malestar de las sociedades políticas modernas. A mediados del siglo anterior, y cuando predominaba el espíritu de invención, apareció ó más bien dicho resucitó, la vieja y olvidada doctrina de Diógenes Cínico y Lucrecio Horacio, con el nombre significativo de *pacto social*.

Esta doctrina de Juan Jacobo Rousseau, favorecida por las circunstancias particulares de la época de Mandeville y Diderot, tomó muy en breve poderoso incremento, y publicistas, filósofos y literatos, ora alucinados con el falso brillo del falso sistema, ora cansados de vanas sutilezas, ora impulsados por malignos sentimientos, admiraron y aplaudieron las cavilaciones del filósofo ginebrino. Por otra parte, elocuencia arrebatadora, vehemencia irresistible, poesía elevada, dicción pura y sonora, hacían del hijo del relojero de los Alpes, uno de los más grandes literatos que contribuyeron eficazmente á la formación de la literatura verdaderamente francesa, menoscabada en algo después de los siglos de Luis XIV. y de Voltaire, como afirma Alfonso de Lamartine. “Así la Francia, añade este escritor admirable, devoró las palpitantes páginas del elocuente filósofo de Ginebra con un entusiasmo delirante, adoptándolo é idolatrándolo hasta en sus demencias é injurias, y constituyéndolo á la vez su favorito, su filósofo, su legislador, su apóstol, su cínico, su Diógenes, su Sócrates.” (*)

SEGÚN las enseñanzas de Rousseau, la sociedad tiene su fundamento en la libertad del hombre, la autoridad es el resultado de la suma de los derechos individuales y la constitu-

(*) “Cours Familier de Littérature.”

ción social depende de la voluntad de los asociados. Ancho campo quedaba, pues, á la fantasía de los publicistas, para dar la norma y señalar el organismo de la sociedad civil y política. Pronto emprendieron el trabajo, y quién afirma que el orden y la prosperidad de las naciones es el resultado necesario de una serie de revoluciones continuadas; y quién en la colisión de los derechos individuales vé la fuente de la prosperidad y de la dicha; y quién, comparando, como si pudiera compararse, las sociedades naturales con las sociedades iguales, sostiene la soberanía de las muchedumbres; y quién, fundándose en falsos derechos canoniza los delitos políticos y aún los crímenes comunes encubiertos y disfrazados con la hojarazca de los primeros; y quién exagera la prerogativa de las insurrecciones ilimitadas; y quién califica á toda autoridad de tiránica y despótica; y quién desea la proscripción completa de todo lazo y dependencia política; y quién favorece y aplaude las sociedades secretas y subversivas; y quién maneja la prensa demagógica; y quién empuña el puñal de Bruto; y quién prepara la dinamita.....

CÓMO llamaremos, Señores, este laberinto complicado de absurdos y sutilezas? Este laberinto tiene nombre. Sabéis cuál es? Socialismo! Ya se presenta con el magestuoso continente de profeta, dando las leyes de los *falanste-*

rios; ya con el nombre de nihilismo y armado de puñales y provisto de petróleo, conspira contra la vida de los soberanos desde obscuras catacumbas; ora con el nombre de comunismo va asolando campos y ciudades; ora pretende con las teorías radicales echar por tierra las nociones de poder y obligación políticos; ya se presenta en medio de las multitudes cubierto con el pomposo manto de la democracia; ya diserta en las tribunas y en las academias sobre las ventajas del tiranicidio; ora se llama víctima inocente; ora baluarte poderoso; ora proclama el positivismo; ora la idea; ora la tolerancia; ora la guillotina.

Y SINEMBARGO el socialismo puede reducirse á una palabra, á una palabra que viene resonando estrepitosamente desde los últimos años del siglo XVIII. *La autoridad perezca*, es la palabra. Sí, Señores, Proudhon afirmando que la mejor forma de gobierno es la anarquía, la ausencia de toda ley y de todo poder, y concluyendo que hasta la propiedad, como origen principal de las desigualdades sociales, es esencialmente injusta; es el más genuino representante del socialismo, sinembargo de que, por una de esas inconsecuencias tan comunes en los filósofos y publicistas exagerados, combate dicho sistema considerándolo como una *logomaquia* de fatales resultados.

ESOS señoríos despóticos del feudalismo, esos reyes absolutos, esas bárbaras conquistas, esas bancarrotas continuadas, esos príncipes que decían *el Estado soy yo* venían poco á poco despertando el sentimiento de la dignidad humana, y la voluntad quiso recuperar sus derechos, la justicia sus leyes, el orden su imperio, su fuerza el progreso, sus fueros la libertad, sus prerogativas el talento, su grandeza el hombre, y el espíritu humano, llamada poderosa, se levantó hasta las regiones de las nubes y se dilató por todos los ámbitos del mundo. Cuando se consumió la llamada habían desaparecido déspotas y tiranos; pero de entre las cenizas del incendio se levantó el socialismo, nuevo tirano, nuevo déspota, que feroz y arrogante se presentó en el seno de las sociedades modernas diciéndoles con sonrisa salvaje *el Estado soy yo*.

REFÓRMENSE, en buena hora, las antiguas torcidas instituciones; recupérense, en buena hora, los perdidos derechos del ciudadano; establézcanse, en buena hora, las sólidas bases de las constituciones políticas; pero no se combata y destruya los fundamentos del Orden y de la Justicia, no se sustituya tirano con tirano, desorden con desorden, muerte con muerte.

ESAS luchas injustas y porfiadas entre los

pueblos y los gobiernos producen los Syllas y los Marios; los Syllas tiranos nacidos en los gabinetes del poder, los Marios tiranos levantados de entre las muchedumbres revoltosas. Y tened presente que después de los Syllas y los Marios vienen los Césares, rodeados de Clodios y Catilinas, de Antonios y Dolabellas á imponer su voluntad de hierro á los pueblos corrompidos y á los corrompidos gobiernos.

DENTRO de los límites prescritos por la ley de la naturaleza, los pueblos son libres, pero esta misma libertad requiere la existencia de una autoridad proporcionada. La libertad y la autoridad, entidades sacrosantas nacidas en la mente de Dios, enseñadas y defendidas por la religión del Calvario, acatadas por las más altas y nobilísimas investigaciones de la ciencia, son dos hermanas cariñosas que, cogidas de las manos y coronadas de flores, van trazando la luminosa senda que encamina á las naciones al apogeo de la ventura y de la gloria. El poder, cuando la libertad perece, es un mónstruo que conspira contra la honra, la propiedad, la justicia, la vida, la conciencia; y la libertad, cuando el poder ha fenecido, es una loca furiosa, que con una tea en la mano va asolando ciudades y campos. La libertad y la autoridad forman la armonía de las sociedades, y esta armonía es la vida de los gobiernos y de los pueblos.

LA AUTORIDAD légitima, así como los pueblos, tiene derechos inalienables, que toman su origen y medida, no en la tolerancia ó concesiones voluntarias de los pueblos, sino en su naturaleza propia y constitutiva. La autoridad, ante todo y sobre todo, ha de ser justa, justa en el castigo de los criminales, justa en la distribución de las recompensas, justa en sus prohibiciones, justa en sus mandatos, justa en todos sus actos. A la justicia debe unir el valor y la energía: un gobierno pusilámine, un gobierno á lo Luis XVI., no puede ser el guardián de las instituciones, de las propiedades, de los derechos, de las libertades de los pueblos. El poder debe ser prudente, pero no con esa prudencia que envilece y se confunde con el miedo, sino con la que nace de la razón y la conveniencia. El poder debe ser diligente y activo para atender á todas las necesidades de la administración. Sí, Señores, la autoridad debe ser activa, prudente, enérgica y justa, y para ejercer adecuadamente éstas virtudes, debe tener los derechos y prerogativas necesarios, y sin los cuales el poder es un mito inépto y despreciable. Ay! Señores, cuán diversa habría sido la suerte de esta patria desgraciada, si nuestros pueblos, nuestros gobiernos, nuestros legisladores, sobre todo nuestros legisladores, hubieran tenido presentes, en todas las circunstancias, estos principios enseñados por la ciencia

y confirmados por la historia.

EL SOCIALISMO, el indiferentismo, el materialismo, las tres furias de la fábula moderna! El primero se introduce en el entendimiento y destruye toda noción de sociedad armónica y organizada; el segundo penetra en lo más íntimo del corazón y mata los sentimientos del deber y del derecho y el tercero arranca de las profundidades esenciales de nuestra naturaleza esa centella purísima que constituye la vida y se llama espíritu. El primero despoja á Dios del atributo de organizador universal, el segundo le usurpa el predominio absoluto de causa primera y Juez Omnipotente, y el tercero niega categóricamente su existencia. Sí, Señores, el socialismo empieza negando el orden de las sociedades y concluye negando el orden de la Providencia, el indiferentismo quiere destruir el derecho y el deber para negar en seguida el predominio del Sér infinitamente santo, y el materialismo niega primero el espíritu del hombre y después la esencia de Dios. Comprendéis cuál es la tendencia de los errores de nuestro siglo?.....

SEÑORES, una palabra más y concluyo. Alguien al escuchar mi discurso me habrá llamado *oscurantista*; *oscurantista* porque combato el materialismo, el indiferentismo y el socialismo,

oscurantista porque profeso, con todo el corazón, la religión de mis padres, *oscurantista* porque no grito y vocifero contra toda autoridad legítima, *oscurantista* porque no tengo en los labios, mil palabras vacías de sentido, *oscurantista* porque no declamo contra los papas, contra los gobernantes, contra los clérigos, contra las penas, contra las leyes, contra los deberes, contra las costumbres, contra todos y contra todo. Alguien me habrá llamado *oscurantista*. Poco entiendo esta palabra, pero si con élla se quiere calificar al enemigo de la ciencia y del progreso, contesto á mis calificadores, que no comprendo lo que tengan de común la ciencia y el progreso con aquellos groseros devaneos de la razón extraviada y de las pasiones violentas. La ciencia y el progreso suponen la moralidad absoluta, y la moralidad absoluta prescribe una religión que rechaza el indiferentismo, una sociedad que condena la anarquía, una libertad reñida con el libertinaje, un criterio individual que está en pugna con la exageración y la mentira. La ciencia no es variable como las nubes del verano, el progreso no es destructor como los huracanes de la montaña.

HE DICHO.